

na, le aviso que, desde este mes, la casa vale ciento veinticinco pesos».

La dueña del negocio fué corriendo, aturdida, a inquirir los motivos de un alza tan brusca, tan inesperada y tan fuerte.

—¿La razón?—dijo la casera, con tono reposado y seguro:—la razón es que *hay quien me da ciento cuarenta*. Si a usted no le conviene...

¡Gata perfecta, la señora!

La del negocio se fué llorando, convencida de que el entusiasmo del ratón no vale lo que valen la parsimonia y la oportunidad del gato.

Créanlo, amigos Uriarte y Viera Altamirano: los gatos saben más que nosotros en materia de negocios y de *Economía*; nosotros, en lo que sí les aventajamos es en la *Encomia*, y en el soñar.

(*El Día*, San Salvador).

La doctrina Drago y Francia en el Ruhr

POR LUIS ARAQUISTAIN

(Véase en el número pasado la página 329).

EN 1903, por primera vez en la historia, sonó una voz de justicia contra la costumbre inveterada de cobrar por la fuerza una deuda pública a un país. Ya no se estila ahorcar a nadie por una deuda, ni siquiera encarcelarle; pero todavía en aquella época era uso aplicar a una nación lo que parecía inaplicable a un individuo. Fué cuando Inglaterra, Alemania e Italia quisieron cobrar a cañonazos de sus buques de guerra unos créditos que les debía Venezuela. En aquel trance levantó su palabra el ministro de Estado de la Argentina, Sr. Drago, para protestar de esos procedimientos en una nota que envió al Gobierno norteamericano, y que en lo sucesivo recibió el título de Doctrina Drago, resumida en los conceptos finales del histórico documento: «El principio que la República Argentina quisiera ver reconocido es éste: que las deudas públicas no debieran producir nunca una intervención armada, y mucho menos la ocupación material del suelo americano por las potencias europeas».

Veinte años después de sentada esa doctrina, Francia entra en el Ruhr para cobrar por la violencia lo que le debe Alemania. Inglaterra se ha limitada a dejar hacer a su ya sólo semi-aliada. Únicamente los Estados Unidos han mandado retirar su Ejército del Rin, como protesta contra la conducta de Francia, aunque el Sr. Poincaré, deseoso de no entibiar el optimismo de sus compatriotas, pretenda que esa es una medida tomada hace tiempo por el Gobierno norteamericano y sólo cumplida ahora, independientemente de las circunstancias. La verdad es que el avance francés ha irritado profundamente a la República norteamericana. El «Washington Post», un diario semifuncionario, ha dicho que los impulsos motores de Francia son «el odio y la codicia». Pero esta irritación de los Estados Unidos sólo puede justificarse jurídicamente en una doctrina como la de Drago: que

un país no tiene derecho a cobrar a otro sus deudas por medio de las bayonetas o de los cañones, ni ocupando sus territorios y confiscando su riqueza. Hay otros medios, entre ellos el boicot comercial, más eficaces que la fuerza de las armas.

Sin embargo, esa actitud de los Estados Unidos pierde toda autoridad cuando se recuerda que ellos han sido maestros de Francia en tales procedimientos con países débiles como Panamá, Nicaragua, Santo Domingo y otros del centro de América. Han ocupado sus Aduanas y mediatizado sus Gobiernos con pretextos de obligaciones económicas no cumplidas. Bien está que se retiren del Rin y embarquen en Amberes para su país; pero no pueden hacerlo en nombre de la doctrina Drago, cuyo espíritu debe ser universal, aunque la letra sólo aluda a América.

Inglaterra, por su parte, deja hacer. Recientemente publicaba Lloyd George en el «Daily Telegraph», de Londres, un magnífico artículo titulado «Los armamentos», pero que más que al hecho material de su existencia, referíase a su proyección psicológica. A juicio de Lloyd George, el motivo de la guerra de 1914 no fué el asesinato del archiduque heredero de Austria, ni el temor de Alemania a Rusia, ni ninguno de los muchos que se han indicado. Todos esos motivos son parciales y, en cierto modo, efecto del originario, del único, que era — en opinión de Lloyd George, tomada del propio general Foch — la conciencia del Ejército alemán de haber logrado en 1914 la mayor eficacia en cuanto a número, organización, disciplina y equipo. El Ejército alemán, desde el último soldado hasta el Emperador, se creyó invencible, y esta noción de su supremacía le condujo a servirse de la ocasión más favorable para lanzarse a una guerra donde la victoria le parecía descontada.

Lloyd George ve, en consecuencia,

un grave peligro en todo Ejército que es poderoso respecto de los demás. La certidumbre de su fuerza puede arrastrarle a cualquier conflicto internacional, con el pretexto más baladí, seguro de la victoria y del botín a ella inherente. Pero ahora no es ya Alemania la que sufre esta enfermedad de supuesta omnipotencia, sino Francia. En 1914 contaba el Ejército alemán con 800,000 hombres y varios millones de reservas, y hoy Francia casi no le va en zaga, con sus 736,000 hombres y dos o tres millones de reservistas instruidos. En 1914 podía justificarse Alemania señalando al frente ruso y al frente francés, sin contar a Inglaterra. Pero actualmente, ¿qué justifica el enorme Ejército de Francia? No el alemán, que es menor que el de Rumania, ni el de ningún otro país europeo. Sólo el de Rusia le iguala numéricamente; pero está demasiado lejos para ser un peligro con el que deba contarse. De todos estos datos y reflexiones de Lloyd George se desprende la inferencia de que un país dotado, como Francia, del Ejército más apto de Europa, está siempre expuesto a desbordarse por alguna de sus fronteras por pura razón mecánica o biológica, sólo por el impulso de comprobar la supremacía de su fuerza y cobrarse el cánón que, en su entender, le corresponde por ello. Sobre todo, si está excitado por jaurías nacionalistas.

Hasta aquí está bien la doctrina de Lloyd George, tanto más valiosa por venir de un hombre que ha sido durante años uno de los tres o cuatro árbitros de los destinos del mundo y que puede volver a serlo. Realmente, un hombre de Estado como Lloyd George que consagrarse el resto de su vida al desarme internacional podría ganar prestigio casi mesiánico. Pero hay en su artículo un inciso que desnaturaliza toda su prédica, del mismo modo que la conducta de los Estados Unidos en Centroamérica quita valor moral y jurídico a su retirada del Rin como protesta contra el cobro violento de una deuda. He aquí las líneas que desautorizan todo el resto del artículo de Lloyd George: «Las escuadras navales son esencialmente armas defensivas. No hay en el mundo capital alguna que pueda ser tomada con sólo barcos de guerra, ni país en condiciones de ser anexionado por una Armada. En cambio, los Ejércitos poderosos son verdaderas máquinas de presa».

Con esas palabras pretende Lloyd George justificar las escuadras, a pretexto de que son nada más que armas defensivas, y condenar los Ejércitos, como instrumentos de militarismo. Pero si se piensa que la última guerra europea la ganó fundamentalmente la escuadra británica, que bloqueó a Alemania y la redujo por hambre, cuando